

# Autoritarismo presidencial y peticionarismo ciudadano

La inspiración es sospechosa de libertad; la poesía es un poco extra-legal. Hay pues un arte oficial, hijo de la crítica oficial.

**Victor Hugo**

## 1

Si alguna vez alguien creyó que la crítica, para ser crítica, tenía que ser necesariamente de izquierdas, ese alguien se equivocó rotundamente. Esta equivocación es evidente sobre todo en los tiempos que corren. Es decir, ahora que algunas izquierdas, prepotentes más que autoritarias, se han puesto a gobernar en países donde hacía ya tiempo que no gobernaban.

Entregados al ejercicio del poder y del presupuesto, los críticos de antaño abandonaron fácilmente las viejas tareas occidentales de la reflexión y de la crítica y crearon un vacío que las derechas, desacostumbradas al uso de la inteligencia, nunca han sabido colmar. La parálisis intelectual fue evidente en Francia al día siguiente del triunfo electoral de François Mitterrand. Sólo unos cuantos reticentes a la tentación presupuestal mantuvieron viva la pasión crítica de Occidente. Y esto aun cuando los antiguos y los modernos medios de circulación de las ideas se mostraron recelosos con ellos.

En México la crítica y la circulación de las ideas han trazado curiosos itinerarios. A veces se iniciaron al margen de los fondos públicos, pero no menos veces acabaron en ellos y aun con ellos. En otras ocasiones, que son quizá las más frecuentes, nacieron a la sombra de las secretarías de Estado, debido en buena medida a que la iniciativa privada carecía de iniciativas para financiar las ideas y más aún la crítica.

El muralismo mexicano se hizo con los recursos y en las paredes de las secretarías de Estado. Los poetas publicaron en las revistas del Estado y algunos de ellos llegaron a ocupar altos cargos en el gobierno. Los músicos han sobrevivido con los recursos del Estado. Las novelas de la revolución las auspició el Estado. La danza ha sido la danza del Estado. La filosofía de lo mexicano es la filosofía del Estado. El indigenismo es un tema y una máscara del Estado. Evidentemente es difícil escapar al Estado en un país donde, a fin de cuentas, es casi el único que invierte en algunas ideas o, más en general, en cultura.

Por todo lo anterior es notable la trayectoria de un poeta que abandonó la diplomacia por el ejercicio de su pasión crítica. En 1968 Octavio Paz renunció a su cargo de embajador de México en la India en un acto de protesta por la matanza de Tlatelolco.

Más tarde creó una revista, *Plural*, de la que fue despojado cuando el ex presidente Luis Echeverría propició un «golpe de Estado» en el interior del diario *Excelsior* que la patrocinaba. Finalmente el poeta creó otra revista, *Vuelta*, que es hoy uno de los raros espacios privilegiados para el ejercicio de la crítica y la circulación de las ideas.

En un ambiente cultural tan marcadamente estatalista como el mexicano destaca, es obvio, la independencia de Paz. Pero no es menos notable la figura de otro poeta y ensayista mexicano que nunca ha figurado en los presupuestos del Estado: Gabriel Zaid.

## 2

Totalmente al margen de cualquier extravagancia ideológica, Zaid inició en *Plural* y después ha continuado en *Vuelta* una crítica viva, ingeniosa, inteligente e irónica de la pirámide burocrática del poder en México.

Buena parte de esta crítica se publicó en un libro que lleva por título *El progreso improductivo*. Otra dosis de esta crítica ha sido reunida ahora en un libro que, por otra parte, constituye un acontecimiento editorial en México, pues es el primero de una de las tres colecciones con las que se inicia la editorial *Vuelta*.

El título del libro, *La economía presidencial*, es significativo y revelador. Muestra a la cúspide de la pirámide centralista del poder político en el ejercicio autoritario de una actividad económica que se esfuerza por engullir a cualquier otra actividad. Pero sobre todo designa a la economía como el coto de caza exclusivo del poder político del Uno: el presidente.

Al igual que las ideas y la cultura, la actividad económica se revela en México como un dominio casi exclusivo del presidente. Las causas de esta situación hunden sus raíces en la historia del país, pero la historia no agota sus posibles explicaciones. Antes también, pero sobre todo en su libro más reciente Zaid se da a la tarea de ponerlas de relieve mediante una crítica de la acción y de la inacción de los gobernantes y de los gobernados durante los últimos doce años.

En 1975 México progresaba, o al menos así lo parecía a muchos de los expertos y de los inexpertos que le apostaban al progreso, pero que no fueron capaces de darse cuenta de que ese progreso era altamente improductivo —como lo advirtió Zaid— y que inevitablemente iba a llevar al país a la ruina, como ocurrió.

Pero ¿qué quiere decir Zaid cuando habla de progreso improductivo, o de ese progresar sin producir que condujo a México al desastre actual?

Zaid es muy preciso al respecto. Sin necesidad de remontarse al pasado remoto demuestra que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, los recursos económicos de México se someten progresivamente a los deseos, gustos o simples caprichos de un solo individuo: el presidente. Este hecho está en el origen de muchas catástrofes y es, a la vez, el resultado de las tristes bodas del poder político premoderno con la industria moderna.

En México el Estado fue el patrocinador de la industria moderna. Su patrocinio lo hizo de la única manera que podía hacerlo, como lo había hecho siempre: con su pre-

moderna pompa cortesana, desde las vertiginosas alturas del centralismo y fundado en su irrenunciable vocación patrimonialista.

En 1968 este «modelo» (al que Zaid llama con humor y con razón tibetano) de progreso entró en una fase de crisis que aconsejaba la búsqueda de otras posibilidades. Pero la prepotencia centralista decidió continuar por el camino del crecimiento subsidiado y la impunidad de los funcionarios. Era preciso, en aquel momento, disminuir las prerrogativas premodernas de los políticos profesionales, y éstos hicieron lo contrario: las agigantaron. Desde entonces la crisis no ha hecho otra cosa que profundizarse. El resultado ha sido, a fin de cuentas, un vasto complejo industriopolítico manejado desde la presidencia de la República, que ha hecho de la ciudad de México una especie de *company town* y de las provincias países bananeros.

### 3

No desde el cielo de la teoría, sino frente a la materialidad de los hechos Zaid cuestiona, con argumentos, una economía presidencial que, ciertamente, no es la antesala del apocalipsis, pero que tampoco podrá ser eterna.

Doce años son muchos para seguir paso a paso el derrotero del progreso improductivo en México y, sin embargo, Zaid lo hace, minuciosamente, a través de ese laberinto mexicano al que él mismo denomina Kafkatlán.

Tras muchos años de estabilidad monetaria la inflación fue una sorpresa. Nada parecía indicar que fuera posible y lo fue. Sus causas han sido muchas, pero una de las más singulares es, a juicio de Zaid, la inflación verbal del presidente renovador Luis Echeverría. A diferencia de su antecesor (Gustavo Díaz Ordaz), Echeverría decidió no apaleaer estudiantes prioritariamente. Decidió, en cambio, encauzarlos mediante una apertura democrática. La apertura no fue muy abierta y menos aún democrática, pero sí muy costosa para la economía del país, dado que en lo sucesivo económicamente todo dependería de los caprichos del presidente. Así, esto que a muchos les pareció en México el principio de una nueva era (algo así como la transición posfranquista) se convirtió en el principio del fin. Hasta entonces el presidencialismo había sido ante todo militar, diplomático y político. En lo sucesivo iba a ser por sobre todas las cosas económico, y de esta manera la modernización del país se aplazaría una vez más.

Convertido en jefe del gobierno, el jefe del Estado hizo una reforma política sin hacerla, invirtió por invertir en elefantes blancos, con préstamos blandos que a la postre se endurecerían y mantuvo artificialmente una paridad monetaria tan dispareja que, poco tiempo después, haría sucumbir al peso.

Al concluir el gobierno de Luis Echeverría parecía que el estado de cosas iba a cambiar, pero sólo lo pareció. A la inflación verbal la sucedió la compulsión apostadora. José López Portillo fue el ejemplo típico del déspota ilustrado capaz de las peores aberraciones premodernas. Convirtió al país en su feudo y se entregó al más voraz patrimonialismo. Y todo esto bajo el signo de una prosperidad tan artificiosa como inescrutable que acostumbró a buena parte de sus súbditos a gastar más mientras más ingresaba y a endeudarse cuando, proporcionalmente, empezó a ingresar menos.

Muy pronto José López Portillo creyó que había ganado su apuesta y que el país,

por lo tanto, era rico. Y de ahí su estúpida creencia en que a partir de entonces los mexicanos tendrían que aprender a administrar su riqueza. Lógicamente, la realidad puso en evidencia que sólo se trataba de una temible compulsión apostadora. Pronto el peso se empezó a devaluar precipitadamente y el presidente acabó por estatizar una banca sin porvenir.

Concluida la apoteosis presidencialista el país se descubrió en quiebra. Pero, curiosamente, la quiebra económica no ha implicado hasta hoy la quiebra política. Pese a todo, el presidente es el soberano que planea por encima de las cosas y de las almas.

¿Es posible, entonces, pensar en el fin del desenfreno presidencialista y, por lo tanto del PRI?

#### 4

Zaid descarta cuatro escenarios posibles del fin del PRI:

el sistema no es eterno, pero hay PRI para rato;

no habrá un golpe de Estado, dado que el presidente, jefe nato del ejército, no puede dar un golpe de Estado contra él mismo;

no habrá una revolución, porque la mayoría de los mexicanos son *peticionarios* y nadie atenta contra su propia sobrevivencia; y

no surgirá un ayatola, ya que este deseo de pureza parece ciertamente improbable.

¿Cómo acabará, entonces, el PRI?

Un terremoto o un error del sistema, piensa Zaid, son improbables en lo que se refiere a sus efectos o a sus alcances. El terremoto del 19 de septiembre de 1985, la prepotencia electoral y los fallidos intentos democratizadores desde adentro del PRI demostraron que lo que piensa Zaid no es desacertado.

¿Qué queda, pues, por hacer? ¿O no hay nada que hacer dentro o fuera del PRI?

Hasta cierto punto, la oposición electoral es una posibilidad, pero esta posibilidad no deja de ser remota en la medida en que los que ejercen el poder no quieren dejar de ejercerlo, y de aquí que una madurez democrática por parte del mismo PRI sea igualmente improbable.

Es verdad que no se puede saber anticipadamente lo que ocurrirá en el futuro, pero en la medida en que ningún sistema político es eterno, ni se puede, por otra parte, adivinar su final, cabe pensar en los múltiples imprevistos a los cuales, tarde o temprano se enfrenta cualquier forma de gobierno.

Hasta hoy el Estado en México ha sido un poderoso Leviatán, capaz de absorber a gran parte de una sociedad civil, que cree en los subsidios y en las dádivas hasta el punto de permitir su parálisis. Esta ha sido una constante realidad insana y, también, un espectáculo peligroso. Pero —y éste es quizá un gran acierto de Zaid— la falta de salud en el Estado y la persistencia en el peligro no son sólo responsabilidad de los gobernantes. Son también responsabilidad de la sociedad civil peticionaria, de los empresarios subsidiados que no han sabido crear empresarios. En otras palabras, la situación que prevalece se debe también a los particulares que no han querido o no han sabido crear o alimentar particularismos al margen del Estado, a las iniciativas que no han sabido

ser privadas y han contribuido así a la recreación permanente de un modelo de desarrollo tibetano.

Mientras México siga caminando por la senda del gigantismo, la baja productividad de costosísimas inversiones, la destrucción ecológica, el centralismo patrimonialista, la pompa cortesana y el dinero fácil no podrá ser, indiscutiblemente, un país moderno. No podrá, en otras palabras, industrializarse, ni aumentar su productividad con pequeñas inversiones, ni tener negocios caseros rentables, ni contar con pequeñas y medianas empresas, ni sabrá auspiciar el desarrollo de las comunidades autosuficientes y exportadoras de manufacturas.

Todo esto es lo que dice Gabriel Zaid, y lo dice bien. Y en lo sucesivo México para seguir siendo México tendrá que tomar en cuenta prácticamente este tipo de crítica o no será. Peor aún: dejará de ser, tenga o no tenga identidad.

**Julián Meza**